

jo el agua. Nos espresamos así porque hay otras aves que parecen sumergirse, y sin embargo no hacen más que rozar la superficie del agua. Pero como los seres de que nos ocupamos muy pocas veces hacen uso de esta inmersión, pues al menos nosotros solo una hemos presenciado, añadiremos que fácilmente se reconocen por su cuello prolongado y extendido en la misma dirección que el cuerpo, por su vuelo pesado que se verifica moviendo las alas unas veces y cerniéndose las otras. Dan algunas vueltas alrededor del bagel que desean reconocer, volviendo la cabeza hacia uno y otro lado, después de lo cual se alejan.

Siguiendo la opinión de Bernardino de San Pedro, Cook, Peron y Apres, diremos que no hay aves marítimas cuya presencia sea un indicio más certero de la proximidad de las tierras; sin embargo, preciso es añadir que solo es seguro el pronóstico cuando aparecen en bandadas numerosas. Mas de una vez suelen andar errantes en número de tres ó cuatro; pero fácil es observar que no siguen entonces una dirección fija y constante como los que después del crepúsculo vespertino vuelven á sus acostumbradas rocas; y cuando ya la noche ha cerrado, se ve que descansan sobre el agua. Así es como al ir desde las islas de Sandwich á la Nueva Gales del Sur, lo hemos notado varias veces, desde los dos á los ocho grados de latitud Norte, estimándonos á quinientas leguas de todas las tierras conocidas.

Siguiendo la dirección del vuelo de estas aves reunidas en gran número, juntamente con las fragatas, golondrinas de mar y petrelos, ciertos navegantes han descubierto algunas tierras. Esto es lo que acaeció al capitán americano Delano, que, sin otros indicios que este, dijo á un hermano suyo: «baja en el esquife y ve á reconocer la isla ó las rocas cuya inme-

diación manifiestan esas aves que ves volar.» Su órden fué obedecida, y así es como se descubrió la isla de Pilgrim.

Otro tanto hubiéramos podido hacer nosotros si en vez de arribar á la isla de Rosa hubiéramos pasado á cierta distancia de ella. Todo el día invierten estos animales en la pesca, y cuando al llegar la noche vuelven á su guarida, es cuando puede observarse con más ventaja la dirección que siguen.

Todos los marinos hablan de los locos que, durante las travesías, pasan la noche sobre los aparejos del buque. No es difícil que esto suceda en algunos casos; pero casi siempre se confunden estas aves con los nodis (*nodi negro*, *sterna stolidi*). A los ojos de personas poco versadas en historia natural, pueden los nodis pasar por locos, y hasta tienen cierta analogía: difieren, sin embargo, en ser de menor talla, de color negro con un casquete blanco en la cabeza: un pico menos fuerte y más aguzado queda siempre entreabierto á causa de la curvatura de las mandíbulas, y está desprovisto de piel matizada en su base. Puede añadirse á esta reseña el que su vuelo tembloroso se parece al de un ave muy fatigada y próxima á caer de cansancio.

Sin embargo, algunas personas que han navegado muchas veces entre los trópicos, de tal modo nos han descrito las aves, que de noche se recogían en los aparejos de sus bageles, que no hemos podido menos de reconocer el bubia (*pelecanus parvus*). Nunca nos aconteció una cosa de esta especie, y tan solo una vez hallándonos en las Molucas, una de estas aves locas de color moreno oscuro se dejó coger á bordo.

Reuniremos en un solo grupo los rabijuncos y las golondrinas de mar, puesto que entre estas y aquellos existe bastante conformidad.

Los primeros, perfectamente conocidos de los na-

vegantes porque anuncian la proximidad de la tierra, habitan en la zona tórrida, de la cual no se separan jamás: fuera de estos límites solo se apartan como á unos veinte y seis grados de latitud Sur. Muy poco podemos decir acerca de esta hermosa ave de plumas satinadas, á no ser la particularidad de que al descubrir un buque pasa á reconocerlo y se ciérne sobre los mástiles. Asegúrase que para atraerla es suficiente colocar un pabellon rojo en la cima del mas elevado, y que se aproxima hasta el alcance de la mano. Hemos hecho el experimento sin haber conseguido el fin que nos proponiamos: sabemos, no obstante, que en Borbon las hacen llegar hasta la playa sin valerse de otro arte que el de agitar un pañuelo. Por lo demas cuando en alta mar cruzan por encima del bagel, puede tirárseles con la esperanza y hasta con la seguridad de que caigan á bordo. Muchos hemos cogido de esta suerte y los debimos á la destreza de Mr. Berard, tan buen marino como escelente cazador,

Las especies mejor conocidas son el faetonte aereo cuyo plumage es de un precioso blanco, mas ó menos manchado de negro segun la edad, y el rabijunco de plumas rojas, mucho mas raro y voluminoso, cuyo pico, con bastante frecuencia, es rojo tambien. Hállase este último en la isla de Francia y en la de Norfolk: se le ha visto á veinte y cinco grados de latitud Sur y nosotros le hemos encontrado en nuestra travesía desde las islas de Sandwich á la Nueva Holanda, sobre todo una vez bajo el ecuador, como á ciento cincuenta grados de longitud al Oeste de Paris. Es preciso fijar mucho la atencion para distinguir en el aire las dos plumas rojas de su cola.

Los rabijuncos atraviesan la isla de Francia en todas direcciones, descansan sobre los árboles y construyen su nido entre rocas innaccessibles.

Muchas veces nos complaciamos en ver como da-

ban vueltas sobre si mismos dejando oír su voz chillona ó descendiendo hasta lo mas profundo de las cascadas que ofrece aquella isla. La blancura de su plumage contrastaba admirablemente con la tinta negruzca de las rocas volcánicas, y el mismo espectáculo se ofreció á nuestra vista en la isla de Borbon, sobre todo cerca de la ciudad de San Pablo. Agrupados los pequenuelos en su nido y cubiertos de un velo de deslumbradora blancura, parecen copos de nieve ó borlas de piel de cisne.

El modo de volar de estas aves es en extremo particular. Lo hacen con una especie de temblor, así es que siempre parecen agoviadas de fatiga y próximas á caer. Algunas veces se ciernen, pero no es esto lo mas comun: se dejan caer desde muy alto abandonándose á la impulsión de su propio peso, apoderándose de los peces sin hundirse en el agua, del mismo modo que las golondrinas y los martin-pescadores.

Las golondrinas de mar recorren el Océano en pequeñas bandadas como lo hacen los faetontes. Reconócense en su vuelo oblicuo, irregular en zigzag, en sus grandes alas triangulares, puntiagudas, y en la poca prominencia de su cabeza. Muchas especies unen á esto una cola ganchosa, y la mayor parte de ellas exalan por intervalos gritos ágrios y chillones: generalmente no siguen de cerca ni rodean las embarcaciones, pues no hacen mas que pasar.

Nada puede presagiarse con certeza cuando en corta cantidad se descubren algunas de estas aves vagabundas; pero no sucede otro tanto cuando aparecen en gran número. Reunidas á los locos nos anunciaron en el gran Océano, la isla arenosa de Christmas aunque todavia estábamos bastante lejos. En los apacibles mares del ecuador las golondrinas suelen viajar de noche, pues oíamos que al cruzar ante nuestra vista lanzaban gritos penetrantes.

Las islas y las costas desiertas acogen millares de ellas que viven en bandadas, siendo la bahía de los Perros Marinos el parage donde observamos que existian en mayor número. Estas aves indican, del mismo modo que otras muchas especies acuáticas, las playas que abundan en pesca: sin embargo, á causa de su muchedumbre se hallan espuestas á largas abstinencias, sobre todo cuando la mar está tempestuosa, lo que no es para ellas como para los petrelos el instante mas favorable para saciar su apetito: entonces permanecen amontonadas á la orilla del mar.

Una especie bastante rara es una golondrina muy pequeña, totalmente blanca, cuyas plumas son sedosas y están satinadas como las del rabijunco. Habitan el cabo de Buena Esperanza en las inmediaciones de la isla de Christmas y las Marianas, y con mucha frecuencia la hemos visto en Guam. Pesca á la proximidad de las orillas, y se posa sobre los árboles; pero los pies palmeados de esta ave son tan cortos que con mucha dificultad puede sostenerse. Su piel y el vello que la cubre son de un negro oscuro, del mismo modo que el pico que por su forma no nos pareció igual al de otras golondrinas.

Réstanos hablar de los cormoranes, los mancos y algunos otros palmípedos, que por alejarse muy poco de tierra viven en las bahías mas abrigadas contra el impulso de los vientos.

Para esto nos situaremos en las islas Maluinas, donde desde todas las partes del hemisferio austral van á reunirse muchos millares de aves de esta especie. Allí veremos á los estúpidos cormoranes cubrir en prodigioso número todas las rocas que se proyectan en el mar. Los matábamos á fusilazos ó á pedradas, sin que nuestra presencia ni el estrépito de las armas, ni la vista de sus compañeros heridos que se revolcaban en tierra, fuesen un estímulo bastante

poderoso para que emprendiesen la fuga con mas precipitación.

Cierto es que sus pequeñas alas, las cuales no guardan proporcion con su pesada masa, son un obstáculo físico para que fácilmente puedan remontar el vuelo: lanzarse en el aire, es para ellos un trabajo penoso que solo ejecutan en caso de suma necesidad ó cuando se les obliga: entonces se les ve estender el cuello, desplegar su cola, agitar por mucho tiempo y con violencia la superficie del mar antes que les sea posible emprender su vuelo. La sorpresa, el temor, son suficientes y poderosos motivos para que arrojen de su amplio y repleto estómago los peces que en él retenian.

Reina mucha incertidumbre por lo que respecta á las diversas especies de estas aves, cuyo plumage varia segun el sexo, la edad, las localidades y tal vez las estaciones. Por ejemplo, entre las innumerables bandadas que moran en el cabo de Buena Esperanza, puede reconocerse una especie única y muy distinta en él *carbo cristatus*, cuyo color parece que constantemente es negro.

No acaece otro tanto con los que se ven en la bahía de los Perros Marinos, en el cabo de Hornos y las Maluinas, que segun nuestro dictámen forman no mas que una misma y única especie, aunque forzoso es decirlo, tan variable por la multiplicidad de matices que no se sabe de un modo cierto cual es el mas comun y cual el que conserva despues de su desarrollo completo. He aqui lo que hemos observado.

La bahía de los Perros Marinos posee cormoranes totalmente negros, y otros que tienen el vientre blanco y un círculo amarillento al rededor de los ojos.

Los que hemos visto en el cabo de Hornos girar incesantemente al rededor de los mástiles, igualmente tenian el vientre blanco.

En las islas Maluinas donde nuestra mansion por ó longada mucho tiempo despues de la época de la incubacion, nos permitió observar mas detenidamente estas aves, hemos notado que los pequeñuelos mas jóvenes son de un negro verdoso. A medida que crecen su cuello primero y el pecho despues, resultan de un blanco sedoso. Parece que cuando se han desarrollado completamente, uno de los sexos conserva el buche blanco y algunos individuos tienen al rededor de los ojos y en la raiz del pico varias carúnculas amarillentas.

Algunos individuos mucho mayores y mas voluminosos tienen dichas carúnculas mejor desarrolladas, y el pecho y cuello blancos.

La incertidumbre que existe por lo que respecta al color mas habitual en estas aves ha impedido el que hubiésemos copiado alguna de ellas.

Estas son las que mas generalmente blanquean con su fiemo las rocas que habitan, hasta el punto de que á cierta distancia parecen cubiertas de nieve, sobre todo cuando las localidades pueden favorecer esta ilusion.

Así las Maluinas son sin duda alguna la region del hemisferio austral, y por consiguiente de toda la tierra, donde existen los mancos mas abundantemente. Ya Pernetty habló de estos singulares anfibios (*aptenodytes demersa*); pero como fueron para nosotros de la mas alta importancia, por cuanto contribuyeron á alimentarnos y nos vimos en la precision de cazarlos frecuentemente, y de estudiar sus *regates* ó la astucia con que se evadían de nuestras asechanzas, lo que de ellos podemos decir, puede aclarar las noticias que se han escrito acerca de sus costumbres.

Las aves nadadoras tienen generalmente una porcion del cuerpo fuera del agua: no así los mancos que solo dejan ver la cabeza cuando se hallan dentro

de la masa liquida. Esta postura es análoga á su conformacion: como no pueden volar para asir su presa y se ven en la precision de perseguirla á nado, forzoso se hacia que la naturaleza les otorgase la facultad de mantenerse bajo el agua por su propio peso, á fin de que puedan consagrar en instante oportuno toda su fuerza al acto de la natacion. Así es, que lo desempeñan con una actividad tal que iguala y hasta sobrepuja á la de ciertos peces. Cazan ademas saltando á modo de los bonitos, y los imitan en esto hasta tal punto, que fuera de las Maluinas hemos creido en un principio que teniamos á la vista una bandada de escombros.

Esta ave pez, si se nos permite esta expresion, habita esclusivamente en las isletas que se hallan entre las Maluinas. El instinto la ha impulsado á tomar esta precaucion á fin de que su progenitura no sirviese de presa á los perros antárticos que se hallan en las islas Mayores.

Para dar á conocer la naturaleza de estos islotes elegiremos uno de los que se descubren en la bahía francesa, y que muy infundadamente fué llamado *isla de los Pingüinos* (1).

Tendrá como cuatro millas de circunferencia. En todo su perimetro, solo á las márgenes del mar percibese un cordon de precioso verdor que de lejos parece arbolado, y solo al llegar se conoce que es producido por grandes *dactylis* de anchas hojas. Aglomeradas estas plantas y formando densos manojos por su base, se elevan sobre los cerros y crecen hasta las orillas del mar. Cada año sus innumerables

(1) Isla de los Mancos debiera llamarse, que no de los Pingüinos, por cuanto no se hallan estos en el hemisferio meridional. Verdad es que el nombre de pingüinos fué dado en un principio á los mancos por los holandeses.

hojas se pudren al caer formando nuevas capas de detritus, que dan mayor elevacion á la periferia de la isla.

Los mancos han elegido esta espesura de plantas herbáceas para vivir durante seis meses del año, los del estío y el otoño, es decir, hasta que sus hijuelos se hallan en disposicion de lanzarse al mar. Allí han trazado senderos que se cruzan en todos sentidos, en los cuales hasta los mismos hombres pueden circular libremente separando á uno y otro lado las hojas que pudieran estorbarles. Sus viviendas son agujeros en forma de horno, de dos á tres pies de profundidad, cuya entrada es bastante ancha y muy baja. Preciso es, que estas aves recurran á toda la fuerza de su pico para labrar sus guaridas á pesar de las raices que son muy tenaces. Algunas de sus guaridas están tapizadas de yerba seca, y allí es donde depositan sus huevos que son de un amarillo sucio y de un tamaño igual á los de pava: el número de ellos no debe pasar de dos ó tres si ha de juzgarse por los pequenuelos que vemos agruparse al lado del macho ó de la hembra.

De noche y al romper el dia, dejan los mancos sus madrigueras y se lanzan en el agua para pescar. Los que tienen el estómago lleno se vuelven á la ribera, y cuando ya hay muchos reunidos, ponen en accion sus pulmones, ¡y dejando oír su voz desagradable, parece como que apuestan á quien gritará ó berreará mejor: cuando todos sus compañeros regresan de su escursion se dirigen á sus guaridas ó pasan algunas horas sobre las yerbas. Sin embargo, poco á poco llegan algunos que quedaron rezagados, ó que menos hábiles en el ejercicio de la pesca, no vuelven á la isla hasta que rebuten cumplidamente su estómago. Estas aves toman á la vez tanto alimento, que con frecuencia se ven en la precision de arrojarlo

en vómito, así es que por donde quiera, se ven fragmentos de gibas y otros peces.

Cuando los hijuelos han adquirido un desarrollo conveniente, en un dia delicioso, á uua hora fija tal vez, toda la bandada deja aquella isla para dirigirse á alta mar. ¿A donde van? Esto es lo que no sabemos. El capitán Orne que frecuenta estos parages, en todas las estaciones del año, presume que pasan el invierno en la mar. En el año 1820 emprendieron su emigracion desde el dia 20 al 25 de abril. No poco nos hemos sorprendido cuando al ir á examinarlos por última vez solo hemos encontrado uno retenido por enfermedad en el mismo sitio donde la vispera á millares los hbiésemos podido contar. Por entonces solo nuestra curiosidad quedó burlada; pero si una cosa parecida hubiese acontecido un mes antes, probablemente nos viéramos en la precision de guardar forzosa abstinencia en aquel dia, porque cuando carecíamos de otras provisiones, nos dirigíamos incontinenti á esta isla, que considerábamos como nuestro almacén de reserva. Vamos á indicar como pudimos descubrir este recurso, este manantial inagotable, que en su dia, nos ha prestado los mayores servicios.

Encargados con Mr. Berard de hacer una escursion tres dias despues de nuestro naufragio con el objeto de encontrar viveres de cualquiera especie, nos hemos dirigido á aquel punto con la esperanza de que en él encontraríamos algunas focas, aunque nos hemos engañado en nuestra congelura. Al aproximarnos á la isla, oímos un ruido espantoso sin que pudiésemos distinguir quien lo originaba, porque apenas era de dia. Cuando este llegó á aclarar descubrimos sobre la ribera algunos centenares de mancos que gritaban todos á la vez. Para que se pueda formar juicio de cual seria aquella batahola, basta decir que el grito de una de estas aves casi iguala en pu-

janza y armonía al rebuzno de un asno. Su voz ingrata no debia arredrarnos, porque el hambre era imperiosa, y forzoso por consiguiente que á toda costa nos apoderásemos de ellos; ¿pero cómo conseguirlo? Por lo que habíamos observado en el cabo de Buena Esperanza, podíamos conocer que eran muy difíciles de matar, y que un escopetazo con buena carga nunca derriba mas que uno ó dos, siendo de advertir que los heridos en breve recobran el mar: queriendo por otra parte, utilizar ventajosamente nuestras municiones, habíamos resuelto abandonar esta caza por la de los gansos. Pero al atravesar las yerbas mas altas encontramos algunos mancos que delante de nosotros huían por sus angostos senderos y los matamos con facilidad. Desde entonces quedamos enterados del modo de proceder para conseguir abundante caza: cuando teníamos necesidad de víveres pasábamos á la isla con ocho ó diez hombres, cuatro de ellos armados con buenas estacas: avanzábamos en silencio, y cuando al través de las hojas de aquellas gramineas llegamos á descubrir algunas de estas aves, las derribábamos á garrotazos. Bastaba un solo golpe asestado sobre la cabeza para aturdirlos y tenderlos al suelo, pero no para matarlos porque si los abandonábamos volvían en sí y se escapaban, y por lo mismo era indispensable abrirles la cabeza para tener la conviccion de que realmente estaban muertos. Cuando estos infelices animales se veían atacados por sorpresa exalaban gritos lastimeros, y se defendían repartiendo algunos picotazos que á veces hacían sangre. Los pequeñuelos descubren generalmente su guarida cuando lanzan un grito particular que aprendimos á reconocer, y entonces estábamos seguros de encontrar tres ó cuatro juntamente con alguno de edad mas provecta. A la sazón era tiempo de muda para estos últimos: los sorprendía-

mos algunas aves acelerando con el pico la caída de la cubierta exterior de las plumas que solo se desprenden cuando van á ser remplazadas por otras. Los ricinos de que no siempre pueden librarse les molestan extraordinariamente.

Quando huían al través de los laberintos de sus senderos, remedaban el trote de los potros caballares. Los perseguíamos con tanto empeño, que muy pocas veces conseguían escapársenos, y cuando se refugiaban en sus guaridas, uno de nosotros provisto de un hierro puntiagudo terminado en tirabuzón, fácilmente los hacía salir afuera. Los que en aquellos instantes regresaban del mar igualmente caían en nuestro poder: en cuanto descubríamos á flor del agua su cabezita en forma de *muceta*, para servirnos de la expresión característica del benedictino Pernetty, nos ocultábamos hasta que sirviéndose á duras penas de sus pies redondeados y de sus pequeñas alas se acomodaban sobre las piedras en que abundan aquellas playas, y entonces nada mas fácil que matarlos.

En el espacio de seis horas podíamos apresar desde sesenta á ciento veinte, y con este último número proveíamos de víveres á la tripulación durante dos días.

De diez á doce libras pesa cada manco, pero como tiene una masa considerable de intestinos y es forzoso arrancarle la piel para que cueza mejor, perdiendo entonces toda su crasitud, solo obteníamos tres ó cuatro libras de viandas cuando mas.

Su carne es muy ingrata al paladar, y por cierto que solo la necesidad pudiera obligarnos á declarar una guerra tan cruel y sañuda á aquellos infelices animales. Algunos cerdos que aun conservábamos y se alimentaban con las pieles oleosas ó grasientas de los mancos, adquirieron un gusto á sardinas verdaderamente detestable.

Esta especie de mancos lo mismo que los del Cabo, nos ha ofrecido un canal intestinal de ochenta pies de longitud (1), á contar únicamente desde la conclusion del estómago, que en este animal, como sabido es, se estiende hasta la parte inferior del abdómen; lo que dá un tubo digestivo como de unos veinte y cinco pies que guarda con el ave, cuya longitud es de diez y nueve pulgadas, la relacion de quince á una.

Encuéntanse tambien en las Maluinas, aunque pocas veces, el manco moñudo y el gran manco (*up-tenodytes patagónica*): uno de esta última especie pesó hasta veinte y nueve libras. Se alejan de las costas á distancias considerables; así es que hemos visto á dos ó tres entre la isla de Campbell y el cabo de Hornos; si bien es cierto que tiene la prevision de reposar sobre los carámbanos de hielo que flotan en aquellos parages. Las bandadas de gansos que pacen en aquellas llanuras hermosas, y de las cuales Bougainville se ocupó muy estensamente, nos sirvieron de mucho sacándonos de mas de un conflicto. Solo permanecen en las islas de la bahía francesa el tiempo necesario para criar sus polluelos, hecho lo cual emigran, dirigiéndose á otros parages mas acomodados á su temperamento: así es que á fines de abril, época en que salimos de las Maluinas, muy pocos quedaban ya en aquellas praderas. Difieren del ansaron comun, no solamente por el plumage y los tubérculos que tienen en los repliegues del ala, sino tambien por su grito que no es retumbante, aunque si bastante parecido á la carcajada de una persona que se rie con poca espansion. Hemos observado que solo se arrojaban al agua cuando se les obligaba á la fuerza.

(1) Entiéndase que estos pies son de rey ó francesos, y lo mismo decimos respecto á todas las demas dimensiones, cuando no se advierta lo contrario. (N. de T.)

Las cercetas se hallan muy bien en los estanques de agua dulce, y los patos en todas las sinuosidades de la rada: solo dos especies reconocimos de estos últimos: la una de mediana talla y color ahumado, volaba con facilidad; por el contrario la otra, cuyo tamaño es mayor á causa de la pequeñez de sus alas que no le permite cruzar el aire, ha recibido el nombre de *pato de alas cortas*. Su notoria desconfianza los sustraía con frecuencia á nuestros golpes; pero la necesidad no tardó en enseñarnos que si los hacíamos caminar hasta la orilla, su presa era segura.

Preciso era imaginar mil artificios con el objeto de *hacer viveres* como dicen los marinos, para ciento veinte personas que para alimentarse no contaban con otras provisiones. Pero los navegantes que frecuentan estas tierras para descansar de su penosa travesía y obtener abundante caza, harán perfectamente en despreciar estos patos, pues no siendo posible desplumarlos, es forzoso arrancarles la piel.

Algunas legiones de goelandios, alondras de mar y ostreros revestidos de negro y blanco, ó totalmente negros, hallábanse entre las especies que acabamos de citar, ademas del estercorario cataracta conocido por los navegantes ingleses con el nombre de *polla del puerto Egmont*. Facil es reconocerle en su ancha faja transversal y de color blanco que tiene debajo de las alas y contrasta con el color morenuzco de su cuerpo.

El emisferio austral nos ha dejado ver en muchos lugares las especies comunes de malvis (mauves) y goelandios, como en el cabo de Buena Esperanza, en la Nueva Holanda, en la bahía de los Perros Marinos, en las islas Maluinas, en Montevideo y en el Brasil, que es la latitud mas elevada en donde hemos alcanzado á descubrirlos. En Rio Janeiro se cazan en la misma rada porque su carne se aprecia en tanto grado como se desdeña entre nosotros.

Aunque sin ningun recurso en las soledades de las Maluinas de donde no preveíamos salir tan pronto, nunca abandonamos el estudio de la naturaleza: encontrábamos en él una distraccion poderosa contra las dolorosas reflexiones que nos sugeria nuestra posicion, la cual cada vez iba á ser mas crítica, pues el invierno se acercaba á pasos agigantados. En nuestras cacerías espiando á los animales, es como sorprendimos mas de una vez esas singularidades de costumbre, esos hábitos sociales propios de cada tribu, que desaparecen y dan lugar al terror cuando el hombre se muestra ante ellos.

De todo lo que acabamos de decir, relativamente á la utilidad que las aves marítimas pueden proporcionar á los navegantes, resulta que solo un limitado número de ellas es susceptible de anunciar con alguna precision y en determinadas circunstancias, la proximidad de las tierras; que no debe hacerse ninguna deducción de vaticinio cuando solo aparezcan algunas especies que andan errantes por el Océano para buscar su alimento. Al indicar los parages en que las hemos encontrado, de ningun modo hemos pretendido fijárselos por límites: los que con escesiva precipitacion han querido designárselo se han espuesto á errar á falta de un número suficiente de observaciones conducentes. Por otra parte la diversidad de estaciones, la calma ó los vientos, contribuyen á alejarlas mas ó menos de ciertas zonas.

Ademas, no puede ocultársenos que todas estas determinaciones de géneros y hasta de especies, son bastante difíciles de aplicar á la simple inspeccion de las aves acuáticas como lo hacen los marinos, que extraños á la historia de la naturaleza, se crearon, como ya hemos dicho, una nomenclatura usual, escesivamente variable, y que por mucho tiempo dejará en tinieblas este ramo de la ornitología. No obstante, si

en algun dia ha de llenarse el vacío que se nota, si algun adelanto en la ciencia ha de ilustrar la historia de estas aves, podemos esperar que á esta mejora contribuyan con buen éxito algunos oficiales del Uranio, que testigos de nuestros estudios, en este género, fijaban infinitamente mas su atención que acostumbraban á hacerlo las personas de su profesion. Haremos mencion honorífica de Mr. Berard, cuya aficion á la caza, juntamente con su destreza y habilidad, contribuyó á que pudiésemos conseguir todas las aves que se ponian al alcance de sus tiros. Este distinguido marino, honor de su patria, partió para hacer un segundo viage alrededor del mundo, explora en este momento nuevas regiones, afronta nuevos peligros, y satisface esa necesidad de sensaciones fuertes y continuamente renovadas que tan imperiosa es en el hombre avezado á los peligros y á la inconstancia del mar.

CAPITULO V.

MEMORIA SOBRE EL CONDOR (1).

Sarcoramphus, cuntur, Dum. *Vultur gryphus*, L.

Muy notable es por cierto, que una de las mas grandes aves de la tierra (2) que un animal que habita en regiones desde tres siglos á esta parte frecuen-

(1) Memoria leida por Mr. de Humboldt en el Instituto el dia 13 de octubre de 1806, é inserta en la parte zoológica de su viage, t. 1.º, página 26 y siguientes; láminas 8 y 9.

(2) Lo que Buffon ha escrito acerca del condor está publicado en la Biblioteca popular.